

# Víctimas del 11-M

Silvio Sember



## Resumen

*Me propongo reflexionar aquí sobre las características del múltiple atentado de Madrid a partir de su descripción y de la determinación de quiénes son los damnificados desde el punto de vista emocional, tomando como modelo gráfico la onda expansiva de las explosiones y buscando la similitud con los efectos psicológicos que genera; también intentaré hacer una descripción de ciertos aspectos psicopatológicos de quienes han planeado y ejecutado los atentados, sean quienes fueran, y una breve reseña de cómo veo yo la tarea que nos corresponde realizar.*

## Onda expansiva emocional

El 11 de Marzo de 2004 estallaron en Madrid cuatro trenes. De las trece bombas colocadas en ellos explotaron diez y otras tres no lo hicieron, por motivos que desconocemos, evitando así agregar más horror a la tragedia. Además de esas tres bombas, otra causa que disminuyó los efectos del múltiple atentado —tal como había sido planeado— fue que los explosivos estallaron antes del momento previsto, o bien en otro lugar, ya que el golpe estaba organizado para que fueran explosiones consecutivas dentro de la estación de ferrocarril de Atocha, con lo que muy probablemente la estructura de la misma se hubiera derrumbado encima de los trenes allí estacionados y de las víctimas, amplificando muchísimo los efectos mortíferos que tuvo. Si la morfología del atentado se asemejó al de las Torres Gemelas de Nueva York (cuatro vehículos de transporte de pasajeros cargados de viajeros estallando simultáneamente), este último aspecto —la deflagración conjunta dentro de Atocha— los hubiera equiparado más aún, tanto por el derrumbe final como por el número de víctimas mortales y heridos, ya que el desastre hubiera caído sobre una multitud que a esa hora de la mañana, las 7.40, acudía a sus centros de trabajo y estudio.

Fallecieron 190 personas (hasta el momento en que escribo esta nota, doce días después) y resultaron heridas más de 1500.

Cuenta un superviviente que cuando la primera bomba estalló en el vagón contiguo al que él mismo viajaba, ante la imposibilidad de accionar las puertas los pasajeros que pudieron salieron por las ventanas y comenzaron a ayudar a las víctimas que estaban heridas, algunas de ellas fuera del tren y que habían salido expulsadas por el propio estallido. Entonces fue cuando otra bomba explotó en el vagón siguiente, por lo que, sin entender lo que ocurría, algunos de los que estaban ayudando se acercaron al mismo, y cuando estaban intentando abrir las puertas para ayudar a los que quedaron atrapados dentro, en otro vagón estalló la tercera, con lo que se produjo una desbandada general de quienes prestaban socorro. En medio de la catástrofe, el impulso era alejarse del lugar en el que podían seguir explotando más vagones.

Pasados unos minutos tras los que no había explosiones, las personas que habían huido volvieron a acercarse, junto a vecinos de los alrededores de las estaciones de trenes El Pozo (del Tío Raimundo), Santa Eugenia y Atocha, e iniciaron las tareas de auxilio. Pronto llegaron bomberos, policías nacionales y municipales, ambulancias. A falta de camillas para trasladar a los heridos, la gente arrancó de cuajo los bancos de la estación y algún asiento de los vagones y los convirtió en improvisados medios de transporte hasta los coches policiales, coches particulares, taxis...

Poco a poco se fue organizando el cercado de las zonas de los atentados y se selló la entrada a las mismas, permitiendo sólo el acceso de los servicios oficiales. Allí se acercaron infinidad de personas que querían colaborar, médicos, enfermeros, psicólogos y auxiliares de clínica a los que no se les permitía entrar; la presión de la gente fue tan grande que los mandos policiales terminaron por ordenar que se permitiera el paso a todas las personas que pudieran ofrecer alguna ayuda. Así fue como vimos en nuestros televisores a gran cantidad de gente colaborando sin los uniformes de los servicios públicos.

## Damnificados

Me propongo exponer aquí mi manera de ver los efectos del atentado desde el punto de vista de a quiénes afectó, tomando como forma gráfica del impacto emocional la conocida como «onda expansiva» de la deflagración y siguiendo una trayectoria radial en el sentido del alcance a mucha otra gente.

En primer término aparecen los damnificados oficiales: los muertos y heridos. Pero el impacto de la catástrofe es enorme si se toman en cuenta las personas que resultaron afectadas emocionalmente. Todos los heridos, por supuesto, lo son. Para ellos el daño soportado por el cuerpo no es el único: está la conmoción por la explosión, el fuego, el humo, los gemidos de los otros heridos, los cadáveres que sembraban el entorno, fragmentos de restos humanos y miembros enteros, los gritos de horror y las súplicas de auxilio de los que aún podían reclamarlo. Junto a ellos, junto a los heridos, igual impacto emocional recibieron los pasajeros que, ilesos o con daños menores, corrieron en su auxilio. El tamaño descomunal de la tragedia impedía saber a dónde correr primero, y cuando se acercaban a alguien había muchos otros que se quejaban a su alrededor.

Los siguientes testigos y, por tanto, víctimas de la *onda expansiva emocional*, en parte ya los he mencionado: policías, sanitarios, bomberos, conductores de ambulancias y otros medios de transporte públicos o privados que colaboraron a la evacuación de las víctimas, voluntarios de la Cruz Roja o simples transeúntes. Y los profesionales de los centros sanitarios que recibían a las víctimas, los periodistas que llegaban a cubrir la tragedia, las brigadas municipales que comenzaron rápidamente a desalojar el entorno de cada uno de los predios afectados, los especialistas llamados para colaborar a la apertura de boquetes para evacuar a las víctimas y recoger cadáveres o restos humanos, los expertos policiales que buscaban indicios, los empleados de las empresas de servicios fúnebres que fueron llegando para transportar los cadáveres hasta el centro habilitado especialmente, en fin, todos ellos fueron impactados de lleno por la *metralla* psicológica.

En cifras, si contamos los muertos y heridos, no llegan a dos mil personas. Pero toda esta lista que acabo de mencionar seguramente alcanza a varios miles de personas que sufrieron la onda expansiva psicológica del atentado de forma directa, un impacto brutal que tardará mucho en disminuir y probablemente nunca desaparecerá de las mentes de toda esta gente.

En miles y miles de hogares, en el momento en el que se comenzaron a difundir noticias sobre lo que estaba pasando, quienes se quedaron en casa empezaron a pensar en la posibilidad de que alguno de sus miembros pudiera estar allí, por lo que les llamaron a sus teléfonos móviles. También quienes participaron de la evacuación y los profesionales destacados usaron el móvil. Inmediatamente la red de telefonía móvil se colapsó, dificultando mucho los intentos de los familiares por contactar con los suyos para saber si habían sido víctimas o no de lo que estaba ocurriendo, motivo por el cual muchas personas que no fueron víctimas directas tardaron varias horas en ser localizadas, incrementando el sufrimiento psíquico de quienes intentaban contactar con ellos. Al no tener ningún dato, las personas que hacían la búsqueda se angustiaban cada vez más, y con ello comenzó un rastreo a través de los servicios de emergencia, los hospitales, la policía, los teléfonos especialmente habilitados, en busca de alguna información que pudiera tranquilizarles. En los centros de trabajo, en los colegios y universidades, las caras se giraban buscando a ver quién faltaba. Eran muchos los que faltaban, ya sea por haber sido víctimas, o por haber viajado en esos trenes, o por haberlos perdido y no haber podido llegar a Madrid, o bien porque en la ciudad el tráfico rodado estaba completamente atascado y era prácticamente imposible moverse a través de ella. Todas estas personas que notaban la ausencia de algún miembro de la familia, o de un compañero de trabajo o estudio, o de un amigo, o bien de su pareja, fueron víctimas de la presión psicológica más fuerte que pueda imaginarse, concentrada durante horas en la incertidumbre y el horror, el miedo y la angustia. En este grupo he incluido tanto a los familiares y amigos de quienes fueron víctimas como de los que no lo fueron; obviamente, quienes sí se encuentran entre los que perdieron a alguien cercano o esa persona resultó herida, forman un grupo al que la tragedia afectó con mayor dureza; el sufrimiento que soportan tardará más tiempo en calmarse y la pérdida, real e inexplicable, será muy difícil de sobrellevar.

Contando con los familiares y allegados que cité, parejas, amigos, compañeros, residentes en Madrid o en otras provincias... creo que pasaríamos a cifras de cientos de miles de personas, o tal vez más, afectados «radialmente», en el sentido de que cada una de las personas buscadas, independientemente de que hubiera estado golpeada en forma directa por los atentados o no, generó todo un árbol de familiares, vecinos y amigos dentro y fuera de Madrid, que les buscaron y soportaron durante horas la inquietud y el terror.

Finalmente estamos todos los demás, que quedamos paralizados por la medida descomunal de la tragedia, aterrorizados frente a nuestros televisores, pegados a las radios, especulando a quiénes conocemos que puedan estar en Madrid en esos momentos. Y nuestros niños, que sin llegar a entender, entendían muy bien que lo que veían no eran muertos de una serie televisiva, entendían muy bien que estos muertos y estos heridos eran personas como nosotros, que ellos mismos podrían haber estado allí.

## Sobre nuestra tarea

Los siguientes días estuvieron marcados por la angustia y la desesperación de la gente en general. La estadística oficial dice que en la primera semana fueron atendidas en Madrid por psicólogos y psiquiatras unas 15.000 personas, pero se espera una avalancha aún mucho mayor en los próximos días, y se cuenta con que los propios profesionales que estuvieron prestando este servicio necesitarán a su vez ayuda para poder encajar todo el sufrimiento que ayudaron a contener.

En la consulta pudimos ver el resultado aterrador que tenía sobre nosotros al escucharlo en boca de nuestros pacientes. Tuvimos que reparar nuestras herramientas para contribuir a paliar el inevitable efecto que los atentados estaban generando en nuestros pacientes y en nuestro ambiente cercano.

Creo que estos efectos serán duraderos, y que durante mucho tiempo seguiremos escuchando a personas que hagan referencia, de una u otra forma, a estos días atroces que nos toca vivir.

Tal vez podamos ayudarles y ayudarnos a reencontrar la esperanza y a ir abandonando el miedo que nos recorrió y estremeció cuando supimos que el bombazo podría haber estado tan cerca nuestro, tan cerca de nuestros hijos, de nuestros amigos y vecinos y de sus hijos. Es nuestra tarea estar atentos a todo ello y colaborar en la medida de nuestras posibilidades a disminuir los efectos devastadores que tiene una experiencia así.

Por otra parte pienso que los autores, quienes hacen una salvajada así, están empujados por un narcisismo brutal que les hace creerse poseedores de la verdad y les genera desprecio por quienes no coinciden con ellos, desprecio por sus vidas, desprecio por su integridad, desprecio por su salud, desprecio por su libertad. Todos los fundamentalismos, los ideológicos, los religiosos, los de determinada identidad nacional o étnica, son una forma particular de narcisismo grupal violentamente patológico, en el

que coinciden personalidades con un trastorno común: la sordera respecto a cualquier idea en contra de su forma de ver las cosas. Sus propios argumentos no son tales aunque tengan forma de ello, son sentencias rituales, que se repiten mecánicamente o no, pero cuyo discurso es impermeable a toda reflexión contraria. El sufrimiento de quienes no comparten su visión del mundo es para ellos intrascendente, la vida de estos seres no vale nada más que para aterrorizar a los demás al destruirla con supremos objetivos: forzar al mundo a aceptar que ellos están en lo cierto, completamente ciegos a cualquier formulación que no coincida con sus leyes.

Así que si existe desde nosotros alguna forma de ayuda a la prevención, si en algo podemos colaborar a la no proliferación de este tipo de trastornos grupales, está en operar activa e individualmente sobre el narcisismo de las personas que nos consultan, colaborando a estimular la escucha del discurso del prójimo, al reconocimiento de los derechos del prójimo, incentivando la tolerancia de la duda, evidenciando que ni nuestros interlocutores ni nosotros mismos tenemos la certeza de la verdad, que las verdades no son tales antes de ser contrastadas aceptando la posibilidad de nuestro error.

En cuanto al daño ya sufrido, nuestra posibilidad de intervenir está fundamentalmente centrada en la atención de las personas que, como nosotros, han sido diana del terror disparado sobre la población, colaborando a la elaboración de las ansiedades que se desvelan, hablando con nuestros pacientes sobre el miedo, el dolor, la desesperanza y la desolación que surgen tras una catástrofe como ésta, la vulnerabilidad que sentimos, la impotencia frente al daño inexplicable e incomprensible, el sentimiento de pérdida de la tranquilidad y el orden en el que antes nos movíamos, en fin, el duelo violento en el que entramos sacudidos por el desastre.

Incentivando la expresión de esos sentimientos, de la forma particular con que cada uno los ha vivido y los vive, facilitamos la contención de la angustia y colaboramos a soportarla y elaborarla. Siendo empáticos ahuyentamos el sentimiento de soledad y acompañamos en el duelo. En momentos como éstos todos tenemos necesidad de ser escuchados. Y nuestros pacientes también.

Por poco que hagamos, es mucho.

**Silvio Sember**

C/ Sant Isidre 5, 1er. 4<sup>a</sup>

08840 Viladecans

Tel.: 93-658-7466

correo@semer.org